

## PERCEPCIÓN E INFINITESIMALES EN BERKELEY (II)

J. A. ROBLES

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

### b) *Los minima sensibilia y la constitución del objeto de percepción*

Berkeley, al hablar de los *m.s.* [*minima sensibilia*], introduce una serie de argumentos *a priori* para demostrar que (si nos restringimos, por comodidad, a los datos visuales) cualquier *m.v.* [*minimum visibile*] es, con relación a su tamaño, igual que cualquier otro *m.v.*; a este respecto, no importa la constitución, tamaño, etc. de los órganos visuales. Berkeley nos dice:

El punto visible de quien tiene el ojo microscópico no será mayor que el mío. (PC [*Philosophical Commentaries*] 116)

y añade:

No parece improbable que los Intelectos más comprensivos y sublimes vean a la vez más M.V. esto es que sus esferas visuales sean mayores. (PC 749)

lo que hace patente que Berkeley considera que *no* ven más *porque* sean mayores los *m.v.* que ven, sino *porque* tienen un órgano visual mayor.

Al insistir Berkeley en la igualdad de tamaño de los *m.v.*, lo que tiene en mente es su tesis de que éstos son *simples* (esto se aplica a los *m.s.* en general); esto es, no tienen partes perceptibles independientes; según veremos, esta caracterización le creará problemas serios a Berkeley. Por el momento, veamos lo que nos dice acerca de esto:

M.S. es aquello en lo que no se contienen partes distinguibles. ahora ¿cómo puede dividirse lo que no tiene partes sensibles? si dices que puede dividirse en partes insensibles. Yo digo que éstas son nada. (PC 439)

El fundamento de la igualdad de tamaño, pues, lo encuentra Berkeley, justamente, en la simplicidad de los *m.s.*:

Tu M.V. se supone menor que el mío. Concedamos que una 3ª persona tenga ideas perfectas tanto de tu M:V: como del mío. Su idea de mi M.V. contiene su idea del tuyo y algo más, por lo tanto está compuesto de partes, por lo tanto su Idea de mi v.m. no es perfecta o justa lo cual cambia la Hipótesis. (PC 272)

y, también:

Es imposible que pueda haber un M.V. menor que el mío. si lo hay el mío puede hacerse igual a él (porque son homogéneos) quitándole alguna parte o partes, pero no consta de partes Ergo. etc. (PC 277)

Anteriormente he hablado de atomicidad y he ligado esto, de alguna manera, con la simplicidad que Berkeley adjudica a los *m.s.* Ciertamente, una tesis de atomismo y una de simplicidad no son exactamente iguales. Berkeley podría haber mantenido una tesis atomista sin tener que comprometerse, por esto, con la simplicidad perceptual de sus átomos. Así, podría haber concedido que sus átomos tuvieran partes distinguibles, aun cuando ninguna de ellas autosuficiente perceptiblemente, esto es, ninguna de ellas perceptible por sí misma.<sup>20</sup> Sin embargo, Berkeley no escoge este camino:

Suponer divisible un M.S. es decir que hay ideas distinguibles donde no hay ideas distinguibles. (PC 343)

<sup>20</sup> Cf. [2], p. 8, donde su autor señala una distinción de D. Furley quien, en un estudio sobre atomistas griegos (*Two Studies in the Greek Atomists*, Princeton, 1967), "distingue entre divisibilidad física y divisibilidad teórica o conceptual (o también: geométrica). "Un objeto es físicamente divisible si se puede indicar un procedimiento efectivo para separar de él dos partes. Un objeto es teóricamente divisible si sus partes se pueden distinguir con la mente." Esta útil distinción de Furley nos permitirá precisar más la doctrina de Berkeley: sus *m.s.* no son ni física ni teóricamente divisibles. Los átomos berkeleyanos (*m.s.*) son átomos tanto físicos como teóricos. Una razón que aquí podemos dar de por qué Berkeley no podía conceder una divisibilidad teórica es que, al hacer esto, se saldría del campo perceptual y, de esta manera, estaría concediendo que sus elementos perceptuales últimos estaban, finalmente, constituidos por elementos *no* perceptuales. Recordemos, aquí, una máxima de Berkeley que rigió su pensamiento desde la formulación de los PC hasta la redacción de sus obras publicadas: "A qué puede asemejarse una Idea sino a otra Idea, no la podemos comparar con Ninguna otra cosa, un Sonido semejante a un Sonido, un Color semejante a un Color." (PC 861; véanse además, en los mismos PC, las notas 46, 47, 51, 299, 484, 496, 551, 862, 885.) Si bien esta máxima se ha interpretado normalmente como una expresión polémica en contra de la tesis representacionista de Locke,

Lo que lo mueve a adoptar esta posición es que presiente que, en caso de adoptar la tesis atomista que arriba he señalado, se comprometería con la tesis de que elementos no sensibles fueran componentes de los objetos sensibles. Berkeley, pues, adopta y defiende un principio como el siguiente:

(A<sub>3</sub>) Lo sensible debe estar formado *sólo* de partes sensibles.

Entonces, se tiene que comprometer con esta otra tesis:

(A<sub>3'</sub>) No hay elementos no sensibles en los objetos perceptuales,

y según señalamos anteriormente, Berkeley se compromete con la tesis aún más fuerte de que en el objeto percibido el percipiente percibe *todo* lo que es posible percibir del mismo, esto es, no queda nada por ser percibido. Aquí es interesante señalar un paralelismo entre el tratamiento que Berkeley da de los objetos de percepción y el que ofrece, en sus obras publicadas, de la mente; para Berkeley, el objeto de percepción, tanto como la mente, son objetos diáfanos en los que no es posible que se oculte nada.<sup>21</sup>

también puede verse su utilidad en el presente contexto, de la siguiente manera: la *única* característica que tiene un *m.v.*, por ejemplo, es ser visible; si de él, o de parte de él, puedo tener una idea que sea de algo *no* visible, entonces esta idea *no* es del *m.v.* o de una parte del mismo. De un *m.s.* cualquiera no puedo distinguir partes y, por tanto, ni siquiera teóricamente son divisibles. Finalmente, podemos concluir que Berkeley rechazaría enfáticamente una distinción como la Furley, ya que si un objeto cualquiera de percepción (físico, para usar la expresión de Furley) *no* puede dividirse físicamente, entonces *tampoco* podrá dividirse teóricamente. Vemos pues, ahora, que la distinción de Furley nos ha servido de manera un tanto wittgensteiniana: *una vez que nos ha permitido aclarar la distinción de Berkeley, tenemos que tirarla por inaplicable a la misma. Véase, además, n. 7 en la primera parte de este escrito (Diánoia, 1980).*

<sup>21</sup> Para una amplia, penetrante y lúcida discusión acerca de la naturaleza de la mente conforme a Berkeley, cf. [3], cap. XI. Podemos añadir, a lo señalado en el texto principal, el siguiente pasaje en el que Berkeley explicita observaciones a las que hemos aludido en nuestro escrito:

Quizás se objetará que el *minimum visibile* de un hombre debe, en sí mismo y realmente, contener partes que le hagan sobrepasar el de un gorgojo, aun cuando no sean percibibles por el hombre. A lo que respondo que habiendo mostrado que el *minimum visibile* (al igual que todos los objetos propios e inmediatos de la vista) no tiene existencia alguna fuera de la mente de quien lo ve, se sigue que no puede haber parte alguna de él que, de hecho, no sea percibida y, por tanto, visible. Ahora bien, que cualquier objeto contenga varias partes visibles distintas y que, al mismo tiempo sea un *minimum visibile*, es una contradicción manifiesta. (TV [Teoría de la visión] 81)

Un gran número de no sensibles. o de otra manera. dices que dos insensibles juntos se hacen visibles por lo tanto que el m.v. contiene o está hecho de Invisibles. Respondo. el m.v. no comprende, no está compuesto de Invisibles. toda la cuestión se resume en esto, a saber en tanto que hace un momento no la tenía tengo ahora una idea. Te toca a tí probar que obtuve esta idea porque se sumaron 2 invisibles. Yo digo que los invisibles son nadas, no pueden existir, incluyen una contradicción. (PC 464)

y, también,

Lo que es visible no puede estar hecho de cosas invisibles. (PC 438)

Surge aquí la paridad de tratamiento de la mente y de los objetos de percepción a la que habíamos aludido líneas atrás, en el sentido de que ambos son medios diáfanos, esto es, que todo lo que se nos presenta *es la totalidad* (del objeto o de la mente) de lo que podemos ser conscientes y, en última instancia, es la totalidad de lo que es. Así como, para Berkeley, sería una contradicción hablar de ideas inconscientes, así también lo es hablar de partes no percibidas de un objeto de percepción actualmente percibido por alguien.<sup>22</sup> En ambos casos, *el empirismo* de Berkeley lo lleva a formular *apriorísticamente* las condiciones que debe cumplir la experiencia para poderse mantener dentro de los límites de la tesis que quiere defender. Acerca de esta aparente inconsistencia berkeleyana, entre tesis empíricas y formulaciones *a priori*, no diré más en el presente escrito; la misma, sin embargo, espero poder tratarla de manera más detallada en un artículo futuro que continuará las observaciones que se formulan en el presente. Vuelvo, ahora, a las tesis de Berkeley sobre los *m.s.*

Ahora bien, teniendo en cuenta el lenguaje que usa Berkeley, es difícil determinar cuál sea el *status* que tienen en su ontología los *m.s.*; hay ocasiones en que la impresión que uno saca es que pueden tomarse como condiciones de percepción en el sujeto ("*mi M.V. y tu M.V.*"; cf. citas en la p. 2; aquí el subrayado es mío); serían a manera de una retícula a través de la cual mirásemos al mundo; en otras ocasiones parece que son *los* elementos constitutivos de los objetos de percepción.

En caso de que la primera forma de tomarlos fuese la correcta, Berkeley estaría poco justificado para concluir que dos *m.v.* de personas diferentes tienen que ser de igual tamaño, ya que la posibilidad de distinguir partes puede ser distinta en personas distintas y, así, lo que para una de ellas es simple, puede ser complejo para la otra. La imposición

<sup>22</sup> Cf. nota 21.

del requisito de igualdad de tamaño parece que puede estar motivado, si mi interpretación de esto es correcta, por el temor de Berkeley de que así pudiera generarse una cadena indefinidamente larga de elementos no percibibles para quienes tuvieran *m.s.* mayores que otras personas. Harían así su aparición elementos no perceptibles en los objetos de percepción y, según hemos señalado líneas atrás, esto no puede permitirlo Berkeley.

Lo que es difícil entender aquí, es la posibilidad de *comparar m.s.*, ya que esta comparación se haría siempre dentro del ámbito perceptual de alguien que percibiría también *m.s.* como elementos perceptibles últimos. Por otra parte, también se genera el problema de no saber *qué* es lo que se está comparando. Si el objeto percibido por *S* y el objeto percibido por *S'* son objetos diferentes (y, según veremos, conforme a Berkeley, *tienen* que ser diferentes; la única razón que Berkeley ofrecería de esto es que son *dos*) entonces, siendo ambos diferentes, ni *S* ni *S'* dejarían de percibir nada de sus respectivos objetos de percepción y, como son diferentes, por el hecho de que *S* perciba más detalle *en su* objeto de percepción, *no* podemos concluir que *S'* percibe *menos* detalle en el suyo, ya que percibe *todo* lo que *puede* percibir del mismo. Así, podemos alegar, no es posible tampoco establecer una comparación entre *m.s.* de dos sujetos diferentes. Si Berkeley cree que esto es posible, y que es importante que se pueda llevar a efecto, esto simplemente se debe a que, por una parte, mantiene su tesis de *esse est percipi* conforme a la cual el objeto percibido es para el sujeto que lo percibe *tal como éste lo percibe* pero, por otra parte, Berkeley *no* puede desligarse de una convicción profunda (¿e inconsciente?) de que hay *un único objeto* (perceptual) que puede servir como paradigma para establecer una comparación entre lo que perciben diferentes sujetos. Una vez más entran aquí en juego condiciones apriorísticas y aposteriorísticas en la filosofía de Berkeley.

La postulación, por parte de Berkeley, de los *m.s.* como condiciones de posibilidad de la sensación (si es esto lo que Berkeley postula), considero que carece de fundamento. Éste habría que buscarlo en estudios empíricos de umbrales de percepción y éstos serían los que determinarían si el tamaño del *minimum sensibile* es igual o diferente en diferentes sujetos. Por otra parte, la tesis de reticulación perceptual no parece que pueda ayudar en nada a Berkeley en su lucha contra la tesis de divisibilidad infinita, ya que de una reticulación finita no se seguiría que *el objeto mismo* ha de ser finitamente divisible. Por esta razón, me parece conveniente abandonar esta tesis de la reticulación y analizar la más promisoria que es la de considerar que los *m.s.* son los constituyentes últimos *del objeto mismo* de percepción. Por otra parte, y a fin

de cuentas, la distinción entre retícula perceptual y objeto de percepción es una que en Berkeley puede resultar artificial, ya que difícilmente parece que podamos hacer esta distinción conforme a otras tesis berkeleyanas; en el sistema de Berkeley *no* me parece que podamos darle un sentido claro a lo que sea un objeto *visto a través de* (y, por tanto, *fuera de*) una retícula perceptual; en Berkeley, el objeto y la retícula parece que tienen, por fuerza, que identificarse. No hay algo *a través de lo cual* un sujeto vea objetos, pues *el objeto mismo* es el que se da a la percepción (está *en* la mente del sujeto, para usar la oscura frase de Berkeley) y no hay nada como diversos planos de percepción, al menos en el caso de la percepción visual (pues, conforme a Berkeley, por la vista *no* se percibe profundidad o distancia). Pasemos, pues, a considerar la tesis de que los *m.s.* son elementos constitutivos del objeto de percepción.

Antes de pasar al análisis de la tesis señalada, hagámonos eco de una preocupación de Berkeley:

Pr: ¿es extenso un *m.v.* o T [*tangible*]. (PC 273)

Es difícil saber cómo manejar los *m.s.* si la respuesta a la pregunta anterior es "no". Podríamos suponer que, si ésta es la respuesta, entonces sería difícil ver cómo se distingue un *m.s.* de un punto matemático y, si no se distingue de éste, entonces no es algo perceptible, lo que violaría  $A_3$  o PC 438. Por otra parte, la pregunta misma muestra que Berkeley no está muy seguro de si aceptar o no un principio similar al  $A_1$  que formulamos páginas atrás.

Que la pregunta anterior de Berkeley no fue meramente retórica, sino que muestra una preocupación real de su autor, lo apoya el hecho de que más adelante, en los mismos PC, vuelve a preguntar:

Pr: ¿será un M.V. de algún color; tendrá un M.T. alguna cualidad tangible? (PC 442)

y estas preguntas están reforzadas aún más dado que, en un punto intermedio entre ellas, Berkeley introduce la siguiente dificultad:

Pr: por qué es difícil imaginar un minimum. Resp: porque no estamos acostumbrados a considerarlos singularmente, no siendo capaces singularmente de agradarnos o de dañarnos por lo tanto de merecer nuestra atención. (PC 321)

La preocupación de Berkeley parece que proviene de algo similar al principio  $A_1$ : en caso de que un *m.s.* sea extenso, ¿no debería, en prin-

cipio, estar formado de partes extensas y ser uno capaz de percibir las como partes? Si consideramos, una vez más, el pasaje *PC* 442, podemos darnos cuenta de que Berkeley, en él, pregunta exactamente lo mismo que en el pasaje citado anteriormente (*PC* 273), ya que uno de los principios aceptados en sus obras publicadas es que todo lo extenso (visible) *ha de ser* de algún color; en los *PC* se encuentra esto asentado:

No se puede imaginar una cosa extensa sin color. V. Barrow L. G. (*PC* 362)

y, así, si la respuesta a *PC* 442 (restringiéndonos al *m.v.*) es “no”, entonces se convierte al *m.v.*, como en el caso de *PC* 273, en un punto matemático; si la respuesta es “sí”, parece que pueden surgir los problemas de la divisibilidad infinita.

Antes de proseguir con esto, quiero insistir en algo ya señalado y añadir una nueva observación. Según he apuntado, conforme a Berkeley no podemos introducir una distinción entre extensión visual y color; toda extensión visible *es* coloreada y lo que sea que tenga color *es* extenso. Con esto podemos concluir que extensión y color se identifican para Berkeley y, en caso de ser esto así, un *m.v.* no está coloreado, sino que *es* un color.<sup>23</sup> Esto último que he dicho me permite señalar, también, que Berkeley *no* puede establecer (ni aceptar) una distinción entre el objeto perceptual y *el espacio* que éste (según diríamos naturalmente) ocupa. En caso de tener a la mano tal distinción podría, quizás, encontrar una forma de aceptar la divisibilidad infinita: *el espacio* sería divisible de manera infinita, mas no así el objeto que ocupa tal espacio. Conforme a la concepción newtoniana de un espacio absoluto, ajeno a los objetos que lo ocupan, aquél sería divisible infinitamente aun cuando los cuerpos que ocupasen tal espacio estuviesen, en último análisis, compuestos de *átomos* (en sentido literal), los que no admitirían división. Berkeley, en contra de esto, mantiene que tal espacio es una abstracción; su idea es la de relativizar el espacio a los cuerpos, espacio y objeto de percepción no son dos entidades independientes, por lo que si el objeto no puede dividirse infinitamente, tampoco podrá dividirse así el espacio que ese objeto nos presenta a la percepción.<sup>24</sup>

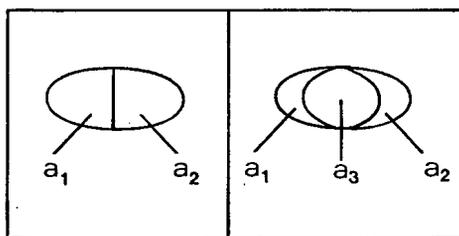
Una vez señalado lo anterior, vuelvo al problema del que partí, a saber, en caso de suponer que los *m.s.* sean parte constitutiva del obje-

<sup>23</sup> Esta formulación se la debo a Adolfo García Díaz.

<sup>24</sup> C. U. Moulines fue quien me propuso la posibilidad de considerar en Berkeley una distinción entre divisibilidad del objeto de percepción y divisibilidad del espacio que éste ocupa. Tal separación, según lo señalo en el texto principal, *no* es posible que la tengamos en Berkeley. *Cf.*, además, *supra*, n. 20.

to de percepción (el que parece ser el supuesto más acorde con las tesis de Berkeley) y, según hemos visto con respecto a los *m.v.*, en caso de que estas entidades tengan *extensión*, cómo se presenta, ahora, el problema de la divisibilidad infinita.

De acuerdo con lo que acabo de decir, el problema de la divisibilidad infinita le surge a Berkeley de la siguiente manera: consideremos un objeto de percepción (visual),  $\alpha$ , formado, entre otros, por los *m.v.*  $a_1$  y  $a_2$ , que podemos suponer contiguos en la presentación total. ¿No podríamos, de esta agregación de  $a_1$  y  $a_2$ , formar el *m.v.*  $a_3$ , constituido, *en parte*, por  $a_1$  y *en parte* por  $a_2$ ?  $a_1$  y  $a_2$  pueden no estar constituidos de partes, pero la contigüidad de  $a_1$  y  $a_2$  hace que el todo así formado deje de ser un *m.v.* y se convierta en un objeto complejo de percepción con partes  $a_1$  y  $a_2$  y, así,  $a_3$  sería, por ejemplo, el *m.v.* formado por la unión de  $a_1$  y  $a_2$  y que *no* abarca a todo  $a_1$ -y- $a_2$  (pues  $a_3$  es un *m.v.*, cosa que *no* es verdad de  $a_1$ -y- $a_2$ ; cf. fig. 1). La consideración más simple para fundar lo an-



terior es que de la unión de *dos m.v.* ha de ser posible obtener *un m.v.* (el  $a_3$  del ejemplo) que no agote a los primeros. Pero, si esto es así, parece que debemos concluir que los *m.v.* *tienen*, a pesar de todo, *partes* perceptibles. En caso de *no* poderse formar *un m.v.* a partir de los dos *m.v.* originales, que *no* los agote, entonces, ¿tendríamos que concluir que, al fin de cuentas, *hay m.v.* de diferentes tamaños? Parece que en caso de que los *m.v.* fueran extensos, ésta sería la conclusión que deberíamos sacar, pero mediante un argumento recursivo podríamos concluir que, entonces, un objeto macroscópico de visión, por grande que éste fuera, sería, él mismo, *un m.v.*; otra forma de decir esto es concluir que, entonces, *dos m.v.* contiguos forman *un solo m.v.* Finalmente, apuntemos de nuevo que, en caso de que los *m.v.* no fueran extensos, entonces de ellos no sería posible formar un objeto extenso. De esta manera, vemos que Berkeley se encuentra ante un grave dilema: o el objeto (visual) de percepción se encuentra formado por *m.v.* extensos y entonces parece que podemos producir un resultado paradójico con las tesis de Berkeley —a) *dos m.v. son un m.v.* o bien, b) los *m.v.* tienen partes y posiblemente puede generarse la divisibilidad infinita—, o bien, la otra

parte del dilema, los *m.v.* no son extensos, pero entonces no pueden conformar la extensión de un objeto (extenso) de percepción.

Sin embargo, en lo que acabamos de señalar, habría que precisar más lo siguiente: la extensión de un *m.v.* la estoy identificando con la visibilidad del mismo (que creo que es lo que hace Berkeley). El *m.v.* sería el punto último, apenas visible, en el que no podemos discernir partes. Un *m.v.*, a pesar de todo, debe ser algo que, en algún sentido, pueda localizarse en el campo de visión; esto es, algo que ocupa una *parte* del mismo, y ocupar una parte del campo visual parece que sólo puede querer decir ocupar, aunque sea, la mínima *extensión* discernible en tal campo (o ser él algo mínimamente extenso, para evitar el uso de "ocupar" al que anteriormente nos hemos referido). Un *m.v.* debe ser mínimamente extenso y, por esto, tener o ser él mismo un color, según ya lo señalamos en una discusión anterior.

¿Cuál es la medida de un *m.v.*? Berkeley se negaría a aceptar que esta pregunta se pueda responder mediante experimentación, ya que, por una parte, nunca podríamos aislar un *m.v.* en el campo de visión de nadie, pues tal campo de visión está *siempre* compuesto por la *totalidad* de los *m.v.* del campo visual del sujeto en cuestión y, por otra parte, los *m.v.* (y, en general, los *m.s.*), según los considera Berkeley, son sólo los elementos visuales últimos que, según el análisis le obliga a aceptar, *deben* existir y *deben* ser los constituyentes últimos (extensos) de los objetos perceptuales.

La analogía más cercana que puedo imaginar para darle un sentido mejor a la tesis de Berkeley es la de asemejar el campo visual, en la versión berkeleyana, a una playa de arena muy fina vista a la distancia. La playa así vista parece un continuo perceptual; una vez que uno se acerca a la misma, sin embargo, se pueden distinguir los granos individuales de arena y distinguir, así, su estructura discreta, no continua. Lo que hay que añadir a esto es que la aproximación a la playa *no* tiene una contrapartida *empírica* en Berkeley, ya que no podemos "acercarnos" más al campo perceptual, sino lo que lleva a Berkeley a la conclusión de la estructura granular, discreta, del campo perceptual es el análisis *conceptual* que, en algún momento, él confunde con un hallazgo empírico, como lo muestra el siguiente pasaje en el que, literalmente, nos dice que en todo momento *vemos m.v.*; por otra parte, considero que el pasaje que cito a continuación, apoya la interpretación de Berkeley que aquí he presentado:

De estos puntos visibles vemos, en todo momento, un número igual de ellos. En todo ápice tan grande cuando nuestra visión está constreñida y limitada por objetos cercanos, como cuando se extiende

hacia lo más grande y más remoto. Pues siendo imposible que un *minimum visibile* oscurezca u oculte a la visión a más de uno distinto, es una clara consecuencia que, cuando mi visión está por todos lados limitada por las paredes de mi estudio, vea exactamente tantos puntos visibles como los que vería en caso de que, eliminando las paredes de mi estudio y cualquier otra obstrucción, tuviese una visión plena de los campos circundantes, las montañas, el mar y el firmamento abierto; pues, en tanto me encuentre encerrado entre paredes, por su interposición se encuentran a cubierto de mi vista todos los puntos de los objetos externos. Pero siendo cada punto visto capaz de cubrir o excluir de mi visión sólo a un punto distinto correspondiente, se sigue que mientras mi vista se confine a esas paredes estrechas, veo tantos puntos o *minima visibilia* como los que vería si, quitando esas paredes, viese todos los objetos externos que aquéllas me tapan. Por tanto, cuando quiera que se dice que tenemos una visión mayor en un tiempo que en otro, esto ha de entenderse con relación no a los objetos propios e inmediatos de la visión, sino a los secundarios y mediatos, los que, como se ha mostrado, propiamente pertenecen al tacto. (TV 82)

La naturaleza cuántica de la energía lumínica puede darnos otra guía para entender lo que Berkeley pretende describir: la luz, en circunstancias ordinarias, puede considerarse como una emisión ondular emanando de una fuente pero, bajo condiciones extraordinarias, los físicos tuvieron que postular una naturaleza corpuscular de la energía luminosa. Son condiciones extraordinarias, también —el peligro de tener que aceptar una composición infinita, en partes infinitamente pequeñas, de los objetos extensos de percepción—, las que llevan a Berkeley a la formulación de su tesis de la composición discreta, finita, de tales objetos. Los *m.v.*, así, se convierten en cuantos de percepción y, de ellos, no podemos percibir sino unidades, *nunca* fracciones de los mismos.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Una vez habiendo redactado el párrafo anterior, en el que introduce la analogía de la arena de la playa, encontré el siguiente trozo de Asimov en el que esta misma analogía se emplea para explicar la naturaleza cuántica de la luz; es este trozo el que me llevó a relacionar las observaciones de Berkeley acerca de los *m.s.* con los cuantos lumínicos:

Los cuantos son tan pequeños, sin embargo, que en circunstancias normales no pueden detectarse individualmente y el flujo de energía parece continuo. Esto es análogo a la situación conforme a la cual una playa arenosa parecerá, vista desde cierta distancia, una capa continua de materia y sólo una inspección cercana descubrirá los reales granos de arena separados. Una analogía más extrema es el caso de un lingote de aluminio que aparece como materia continua incluso bajo el mejor microscopio pero que, sabemos ahora, está compuesto de pequeños átomos separados. [1], p. 40.

Ahora podemos pasar a considerar la réplica de Berkeley al tipo de objeción que he bosquejado líneas atrás. Berkeley podría mantener que los *m.v.*, extensos (mínimamente extensos) y sin partes, que se me presentan como constituyentes de un objeto de percepción determinado, *O*, en un momento determinado, *t*, son los que son y no son ni más ni menos que *esos*. *Cualquier* modificación en el campo visual, modifica las condiciones que antes se daban y nos presenta *otros m.v.*, de tal manera que al introducir, en un momento *t*<sub>2</sub>, comparaciones o distinciones entre los *m.v.* que se nos dan en un momento anterior, *t*<sub>1</sub>, en *t*<sub>2</sub> ya no tenemos los mismos *m.v.* que estaban presentes en *t*<sub>1</sub>. Esta situación la discutiré en el apartado siguiente, al considerar la heterogeneidad de los objetos sucesivos de percepción.

Antes de pasar al siguiente tema, sin embargo, me gustaría extraer algunas conclusiones de los puntos que aquí hemos tocado.

Según señalamos, Berkeley considera los *m.v.* como las entidades últimas, apenas (mínimamente) perceptibles, que son las que constituyen cualquier objeto de percepción (visual). El espacio visual berkeleyano, entonces, está formado por la agregación de estos puntos que, conforme a Berkeley, constituyen un conjunto finito y *siempre* de la misma cardinalidad para cualquier sujeto dado. La idea que uno obtiene de esto, entonces, es que, en el caso de la vista, el campo perceptual es un plano (bidimensional) conformado de puntos mínimamente perceptibles. Esto concuerda con la tesis de Berkeley, expuesta en su *Teoría de la visión*, conforme a la cual la distancia y la tridimensionalidad, en general, no son percibibles por la vista.<sup>26</sup> La conclusión de Berkeley acerca de la composición del objeto de la vista en términos de *m.v.*, él no la alcanza por medios empíricos, sino como resultado de analizar las consecuencias que tendría no suponer la existencia de estos elementos últimos en su teoría. Nuestra discusión ha mostrado, según espero, que suponer la existencia de tales *minima* puede conducir a ciertos resultados problemáticos para Berkeley. Si consideramos empíricamente a los *m.v.* como umbrales últimos de visión, se presenta la posibilidad de que dos sujetos, *S* y *S'*, tengan *m.v.* de diferentes tamaños, lo que va en contra de una tesis de Berkeley; por otra parte, según argumentamos, podríamos encontrar la forma de distinguir partes en los *m.v.*, en caso de ser éstos extensos (aun cuando sólo fueran mínimamente extensos), lo que tam-

El siguiente pasaje, además, puede ilustrar la idea que quizás tuviera Berkeley acerca de los *minima sensibilia*:

Un objeto puede radiar un cuanto o dos cuantos de luz, pero nunca un cuanto y medio o dos cuantos y un tercio. En lugar de que la energía brote continuamente, surge en trozos. (*Ibid.*)

<sup>26</sup> Cf., para un análisis detallado de esta tesis de Berkeley, [3], cap. II.

bién va en contra de otra tesis berkeleyana. La manera como Berkeley responde es rechazando la posibilidad de comparar *m.v.*, señalando que éstos cambian al cambiar la presentación perceptual. Sin embargo, Berkeley sigue manteniendo, a pesar de estos cambios, que *el número* de *m.v.* para un sujeto, así como su tamaño, permanecen sin alteración. ¿Cómo sabe esto Berkeley? La única respuesta que creo que podemos dar aquí, es la ya señalada: Berkeley se ve obligado a concluir esto por consideraciones apriorísticas que concuerdan con su tesis principal, *esse est percipi*, lo que se podría desglosar diciendo que, para él, el objeto de percepción es tal como aparece y no hay nada que quede oculto al sujeto de percepción. Esta tesis, junto con la que analizaremos en un momento, que es resultado de la primera, le presentarán a Berkeley serios problemas.

Antes de concluir este apartado, podemos aún añadir lo siguiente. La tesis de Berkeley de los *m.s.* puede verse, de manera clara, como una reacción, y de hecho lo es, contra la tesis de Locke de las partículas insensibles. Si para Locke, como recordamos, las partículas insensibles representaban una solución al problema de la acción a distancia, sin embargo, según hemos visto, le creaban un embarazoso problema epistemológico: por su definición misma tales partículas quedaban fuera del alcance cognoscitivo. Berkeley evita tal problema al afirmar que el objeto de percepción se muestra *plenamente* tal cual es y, por otra parte, para él no surge la necesidad de una explicación mecanicista de la producción de ideas. Por tales razones, Berkeley ve con optimismo su posición, aun cuando los problemas no tardarán en surgir.

#### (γ) *Heterogeneidad de las imágenes perceptuales*

Una conocida doctrina de Berkeley es la que señala que los objetos extensos, aquellos percibidos por vista y tacto, *no* tienen nada en común. En otras palabras, el objeto visto es algo por completo diferente del objeto que percibimos por el tacto y que denominamos igual que el primero. En efecto, conforme a la tesis ontológica que Berkeley nos presenta en su *TV*, el objeto percibido por el tacto se considera como un objeto que tiene una existencia “fuera” de la mente, a diferencia del objeto de la vista que, según Berkeley mantiene enfáticamente, tiene plena dependencia (existencia) mental.<sup>27</sup>

La heterogeneidad de los objetos de la vista y del tacto, aun cuando de suyo cargada de problemas, es una que podemos comprender y que,

<sup>27</sup> Para ver estos puntos discutidos con gran detalle y, en general, para ver una excelente exposición de la filosofía de Berkeley, al lector se le recomienda [3].

quizás, estaríamos tentados a aceptar. No es esta distinción, sin embargo, la que aquí me interesa discutir. Ésta es tan sólo un ejemplo de la desintegración que Berkeley lleva a cabo de nuestros objetos ordinarios de percepción de la vida cotidiana. El aspecto de esta desintegración que aquí deseo considerar es uno que representa problemas más serios para nuestra interpretación de sentido común de tales objetos. A lo que aquí me referiré es a la atomización del objeto de sentido común cuando a éste lo percibimos visualmente. Esta última oración necesita reformularse, sin embargo, ya que Berkeley no estaría dispuesto a que se diese una presentación así de su doctrina. Lo que habría que decir, entonces, es que las presentaciones visuales de lo que *consideramos* (ordinariamente) un mismo objeto, no son representaciones así, sino que *cada* presentación visual diferente nos presenta *un objeto diferente*.

Antes de exponer la doctrina con mayor detalle, es preciso relacionarla con los puntos anteriores para, de esta manera, verla en una perspectiva adecuada.

Berkeley presenta la doctrina de la heterogeneidad de los objetos visuales considerando que, con ella, puede frenar los que he denominado argumentos *AM* y *AA*. El supuesto central de ambos argumentos es que de *uno y el mismo* objeto podemos tener formas sucesivas y diferentes de percibirlo que nos irán mostrando aspectos nuevos del mismo. El peligro que Berkeley encuentra en esto es que tanto de *AM* como de *AA* puedan derivarse argumentos en apoyo de la divisibilidad infinita del objeto de percepción así como, corolario de esto, de la existencia de (supuestos) objetos de percepción imperceptibles. Como lo he señalado, esto no puede aceptarlo Berkeley. Una vez recordados los puntos anteriores, paso a la presentación del argumento.

El argumento de Berkeley, entonces, va a consistir en lanzar un cargo de incorrección en contra del que aquí he llamado el supuesto central de los argumentos *AM* y *AA*; esto es, lo que Berkeley sostendrá es que el objeto que percibimos a simple vista y el que percibimos a través del microscopio, o el que percibimos despreocupadamente y el que percibimos con atención, son objetos diferentes que, entre ellos, *no* tienen relación alguna. Los pasajes de Berkeley en los que estos puntos se presentan, son:

Se cree que las líneas son Divisibles ad infinitum porque se supone que existen fuera. También porque se piensa que son las mismas cuando se las ve con el ojo desnudo y cuando se las ve a través de lentes de aumento. (PC 236)

Añade, además:

... En vano alegar que la diferencia puede verse con Lentes de Aumento. Pues en tal caso (es verdad) hay una diferencia percibida pero no entre las mismas ideas sino entre otras mucho más grandes completamente diferentes de aquéllas. (PC 249)

y señala que (recordando otro pasaje ya citado):

Quienes no conocían las Lentes no tenían una excusa tan favorable para la Divisibilidad ad infinitum. (PC 237)

En la *Teoría de la visión*, Berkeley elabora más estos puntos, diciendo:

Un microscopio, por así decir, nos introduce a un nuevo mundo: nos muestra una nueva escena de objetos visibles, muy diferente de la que observábamos a simple vista. (TV, 85)

Y, finalmente, en los *Tres diálogos*, Filonus, representando a Berkeley, dice:

*Filonus*. Hablando estrictamente, Hylas, no vemos el mismo objeto que sentimos; ni es percibido por el microscopio el mismo objeto que lo fue a simple vista. Pero en caso de que se pensase que cualquier variación fuese suficiente para constituir un nuevo tipo de individuo, el sinnúmero de nombres o la confusión de éstos haría impracticable el lenguaje. Por tanto, para evitar esto, así como otros inconvenientes, obvios si se piensa un poco, los hombres reúnen varias ideas aprehendidas por diversos sentidos o por el mismo en tiempos diferentes o en circunstancias diferentes pero que, sin embargo, se observa que tienen alguna conexión en la Naturaleza, sea con respecto a la coexistencia o a la sucesión, a todas las cuales se refieren con un nombre y consideran como una cosa. (3D, III; O, II, 245)

A partir de los textos anteriores, se sigue claramente la conclusión señalada líneas atrás en el sentido de que, en tanto que son diferentes los objetos percibidos con el ojo desnudo y con el microscopio, claramente *no* se puede concluir, conforme a Berkeley, que los elementos perceptibles del objeto visto a través del microscopio sean elementos constitutivos del (que llamamos) mismo objeto visto a simple vista. Pues es claro, conforme al pasaje más elaborado de los *Tres diálogos*, que Berkeley no considera que, desde una perspectiva *ontológica*, estemos tratando con un mismo objeto cuando recibimos diferentes impresiones, sino que llamarlo con un mismo término es sólo algo que hacemos a fin de obtener una ventaja de tipo práctico en la *comunicación*, sin que esto tenga repercusiones de unidad óptica.

Berkeley, en un sentido, tiene ciertamente razón al considerar que los diferentes objetos percibidos *son* objetos de percepción diferentes: efectivamente, en los dos casos percibimos entidades diferentes (en tanto que percibidas) y, de esta manera, la percepción total que tenemos en uno y otro caso es de objetos distintos. Sin embargo, de esto *no* tiene por qué seguirse, como lo pretende Berkeley, que *los objetos mismos* sean diferentes, también. (Ciertamente, esto *tiene* que seguirse conforme a los principios de Berkeley, ya que, para él, no hay distinción entre el objeto mismo y el objeto percibido, ya que Berkeley los identifica en una sola entidad; los problemas a los que conduce esta identificación se pueden tomar, en parte, como una refutación de sus principios.) En caso de que se siguiera que el objeto visto a simple vista y el objeto visto a través del microscopio fueran diferentes, por ejemplo, no seríamos capaces de explicar, o nuestra explicación presentaría serias y enormes dificultades, cómo es que el estudio microscópico de ciertas entidades puede permitirnos producir efectos en las entidades vistas con el ojo desnudo. Entre las dos entidades perceptuales parecen existir fuertes relaciones causales y es por esto que por el estudio de unas podemos obtener determinados resultados en las otras; por otra parte, suponer que el objeto visto a simple vista y el que observamos con el microscopio *son* aspectos de *uno y el mismo objeto*, nos permite dar explicaciones más económicas y simples de las relaciones entre éstos que si suponemos, con Berkeley, que son objetos totalmente diferentes.

Aquí es interesante señalar que Berkeley, partiendo de una concepción de sentido común acerca de lo que sea un objeto de percepción (y parece que nuestro único punto de partida siempre lo será el objeto de sentido común), disocia las presentaciones que del mismo (suponemos que) tenemos y *luego* intenta reunir las una vez más, pero sin querer comprometerse con la existencia de un objeto único, material, diferente, en algún sentido, al objeto percibido. La única argamasa que pretende usar para lograr la unión, son las palabras, pero éstas son insuficientes para garantizarnos que un conjunto de perceptos, totalmente disociados, conforme a sus principios, puedan unirse nuevamente para formar un solo objeto. De alguna manera podemos interpretar a Berkeley como proponiendo que *el lenguaje básico* para referirnos al "mundo exterior" es atómico, sensacionalista y que, a partir de él, podemos recuperar nuestra visión del mundo, pero ya sin la carga óptica de objetos externos, independientes de la mente que los percibe. Lo que Berkeley logra, más bien, es una disociación total de aspectos *que ya no pueden* fundirse en la unidad que él pretende lograr apelando al uso de un mismo "nombre" para agrupar diversos objetos perceptuales. Lo que esto sugiere es que su forma de proceder tendría que haberse invertido; esto es, aceptar presen-

taciones globales de diversas percepciones como formando *un* objeto y, a partir de esto, dar una explicación de por qué nos aparecen diferentes cualidades de los objetos como teniendo propiedades visibles y tangibles, por ejemplo. Sin embargo, Berkeley teme *no* poder hacerlo, pues según él ve las cosas, esto lo llevaría a la postulación de la existencia de un objeto material lockeano y a que se le planteara, de nuevo, la posibilidad de una divisibilidad infinita de los objetos de percepción. Pero, ¿tiene que seguirse esto necesariamente? Uno sospecha aquí que Berkeley ha olvidado su distinción entre lo que puede hacerse experimentalmente y lo que puede lograrse teóricamente. Si bien es cierto que el proceso de división lo puedo prolongar *ad indefinitum* efectuándolo sobre unidades numéricas, de esto *no* se sigue que lo mismo tenga una aplicación real en el mundo de la experiencia. Acerca de esto, diremos más en lo que sigue.<sup>28</sup>

Un argumento similar al que Berkeley emplea para salirle al paso al *AM*, le sirve para ir en contra del *AA*: (el que denominamos) el mismo objeto, visto descuidadamente y visto con atención, conforme a Berkeley, son *dos* objetos diferentes.<sup>29</sup> El resultado y la conclusión a los que uno llega con respecto a la respuesta de Berkeley a los argumentos *AM* y *AA* son que la tesis ontológica de Berkeley resulta ser terriblemente no-económica, cargada de problemas e incluso, quizás, según señalaremos más adelante, ininteligible.

Tanto en los *PC* como en sus obras publicadas, Berkeley ha insistido en argumentar, según hemos apuntado, en contra de la identidad de los

<sup>28</sup> Véase [3], cap. IX, para una discusión de estos puntos. Pitcher señala que una salida posible para Berkeley era la de mantener un fenomenalismo teórico; pero, según lo he apuntado en estas notas, el cambio a una posición fenomenalista tendría que ir acompañado de otros cambios en la posición total de Berkeley, lo cual vendría a modificar tanto sus tesis que las haría irreconocibles; con esto acabaríamos discutiendo, meramente, problemas de percepción y ya no, específicamente, la posición de Berkeley, que era de lo que se trataba originalmente.

<sup>29</sup> Russell, en "On the Relations of Universals and Particulars" (en [4], pp. 105-124), mantiene una posición semejante a ésta de Berkeley, pero tiene como elemento unificador al objeto físico —"real"—, diferente al perceptual, que Berkeley *no* está dispuesto a aceptar. Russell, en ese artículo, nos dice:

Nuestro manchón blanco puede cambiar, y a menudo lo hace, como resultado de la atención; podemos percibir diferencias de matiz u otras distinciones o, sin diferencias de cualidad, podemos meramente observar en él partes que lo hacen complejo, introduciendo en el mismo diversidad y relaciones espaciales. Naturalmente consideramos que aún estamos viendo la misma cosa que vemos antes, y que lo que ahora vemos ha estado ahí todo el tiempo. Así concluimos que realmente no era simple nuestro aparentemente simple manchón blanco. Pero, de hecho, el objeto de percepción no es el mismo que era antes; el que puede ser el mismo es el objeto físico que se supone que corresponde con el objeto de percepción. (*Loc. cit.*, p. 119.)

objetos de percepción de los diversos sentidos; esto es, ha argumentado que un objeto de percepción,  $X$ , visto y un objeto de percepción,  $X'$ , que tocamos, *no* son el mismo objeto aun cuando podamos usar el mismo término para nombrarlos (cf. cita de  $3D$  en p. 172). El término común lo aplicamos al objeto de la vista y al objeto del tacto simplemente por la constancia de la asociación entre ambos, pero esto *no* implica, según Berkeley mismo lo sostiene, una identidad óptica. Asimismo, como hemos visto, para Berkeley no se sigue que podamos afirmar, de dos *objetos de percepción* (percibidos por uno y el mismo sentido) diferentes, que son presentaciones de uno y el mismo objeto. En caso de que esto fuera así, supone Berkeley, además de que se pueda generar el argumento de divisibilidad infinita, como lo apuntamos en su lugar, que estamos comprometidos a afirmar que hay una entidad única, imperceptible (un objeto material lockeano), que causa estas diferentes percepciones en nosotros. Pero dado que, conforme a los principios de Berkeley, no hay tal objeto único, entonces no hay una única gota de sangre, por ejemplo, percibida de dos maneras diferentes, a simple vista y con ayuda del microscopio. Quizás una forma mejor de ver esto es señalar que *porque*, según cree mostrarlo Berkeley, son heterogéneos los objetos de los diversos sentidos o los percibidos por un mismo sentido en tiempos diferentes, es por lo que no hay un *único* objeto del que los diferentes objetos de percepción sean presentaciones.

Un criterio o principio básico de identidad que surge de la anterior discusión es que, conforme a Berkeley,

( $A_4$ ) Un único objeto de percepción no puede presentar características perceptuales diferentes;

como una aplicación que nos servirá para precisar el campo de aplicación del principio  $A_4$ , podemos señalar la siguiente:

Si un sujeto  $s$  tiene presentaciones perceptuales  $p_1$  y  $p_2$  en diferentes tiempos  $t_1$  y  $t_2$ , entonces  $s$ , en  $t_1$  y  $t_2$ , está percibiendo objetos diferentes, sin importar lo que sean  $p_1$  y  $p_2$ .

Supongamos que  $p_1$  sea un objeto visto a simple vista y que  $p_2$  sea (lo que ordinariamente llamaríamos) una parte de  $p_1$  vista a través de una lente de aumento. Los objetos, en tanto que presentaciones perceptuales, son obviamente distintos; por otra parte,  $p_2$  puede verse de igual tamaño o incluso de tamaño mayor que  $p_1$ , del que (según decimos) es una parte. Berkeley encontraría esta afirmación absurda, pues la misma implicaría

que una parte puede ser mayor que la totalidad que la contiene como parte. Esto último se sigue de los principios de Berkeley conforme a los cuales el objeto mismo y el objeto de percepción se identifican; por lo tanto, para mantener un sistema coherente, tiene que mantener el principio  $A_4$ <sup>30</sup>. Por otra parte, se hace patente, también, la presencia del principio  $A_3$  en el que se enfatiza la “diafanidad” del objeto de percepción (cf. p. 168).

Considero que, si lo hasta aquí señalado es correcto, se le presentan a Berkeley serios y posiblemente insolubles problemas de identificación en un mundo tan evanescente como el que nos presenta: es difícil ver cómo sea posible establecer la costumbre (cf. cita en p. 179) para llamar a diferentes objetos sensoriales con un mismo nombre si nunca llegamos a tener, perceptualmente —ni siquiera a través de uno y el mismo sentido—, uno y el mismo objeto ante nosotros. En otras palabras, con sus supuestos, Berkeley nos quita toda posibilidad de dar con criterios de individuación e identificación de particulares. El mundo que nos presenta está compuesto de imágenes únicas que *no* guardan relación unas con otras, sino (en algunos casos) contigüidad temporal y esto *no* basta para que podamos decir, según lo quiere Berkeley, que estas imágenes conforman un objeto único o algo a lo que podemos aplicar *el mismo* nombre. En la cita aludida de los 3D (p. 179), Berkeley intenta dar una justificación de su tesis de la aplicación de “un mismo nombre” apelando a “alguna conexión en la Naturaleza, sea con respecto a la coexistencia o la sucesión”, pero debe ser claro, por las premisas mismas de Berkeley, que esto *no* puede ser así, ya que no hay dos momentos diferentes en los que *el mismo objeto* esté ante nosotros perceptualmente (y perceptualmente es la única forma en que puede estar, según él), por lo cual, si la adjudicación de *un mismo nombre* ha de presuponer la captación de una *identidad* en los diversos objetos así nombrados, esta identidad *no puede* darse; si la identidad no se presupone, entonces nuestros “nombres” no sirven para fijar ningún tipo de referencia; son simplemente sonidos emitidos para referirnos a la impresión sensorial fugaz que jamás ha de repetirse. Tal como Berkeley nos presenta su argumento, será imposible que lleguemos, jamás, a obtener el concepto de *cosa* en un mundo así de evanescente y fugaz. Por otra parte, aun cuando se pudieran superar las dificultades aquí señaladas, la visión que Berkeley tiene del mundo es una excesivamente compleja que no se presta a una explicación global, unificadora, en caso de que podamos comenzar, siquiera, a dar una explicación de lo que es un mundo así. No

<sup>30</sup> Esta forma de presentar la observación anterior surgió en una conversación con B. Robles sobre lentes de aumento, telescopios y sus propiedades.

es mi intención, sin embargo, detenerme a hacer un examen de estos problemas, ya que esto me sacaría de la línea principal de mi argumento. Volvamos, pues, a los problemas de la divisibilidad *ad infinitum* y a las propuestas de solución de Berkeley.

Ya he señalado que Berkeley se niega a identificar las dos gotas de sangre de nuestro ejemplo del *AM*, por razón de que consideraba que, de esta manera, se puede generar, entre otras cosas (cf. pp. 178-9 para alguna de las otras cosas), un argumento de divisibilidad infinita de tal entidad única, así como porque consideraba que, suponiendo la unidad, se concluiría que hay un objeto material único, causa de tales percepciones diversas.

Creo que en estos dos puntos, tanto en el de la divisibilidad como en el de la existencia de un objeto material lockeano, Berkeley se equivoca. Un esquema de argumento para mostrar esto, sería el siguiente.

Lo que considero es que, sin aceptar la existencia de un sustrato material único (un objeto material lockeano), aún puede sostenerse que la gota vista con el ojo desnudo y la gota vista con ayuda del microscopio son aspectos de *una y la misma* gota, así como que el objeto visto sin atención y el objeto visto atentamente son uno y el mismo objeto, suponiendo, para esto, una tesis fenomenalista en la que *el objeto* fuera *una familia de percepciones* en la que se encontrarían tanto perceptos visuales como táctiles, olfatorios y demás, que se podrían reunir bajo el supuesto (filosóficamente incorrecto, según Berkeley) de que pertenecen a un objeto único, independiente, en el mundo (*el supuesto tendría enormes ventajas prácticas*, aun cuando se rechazara en nuestros momentos de pensamiento filosófico).<sup>31</sup>

Mantener una posición fenomenalista como la que, en un esquema burdo, he delineado en el pasaje anterior —posición en la que podría haber un traslape de aspectos entre diversas presentaciones perceptuales y en la que, aun cuando el objeto *perceptual* cambiase, podríamos aún decir (con las reservas anotadas) que seguimos percibiendo el mismo objeto— no comprometería a Berkeley, digamos, con la tesis de la divisibilidad infinita, por las siguientes razones: (a) cualquier presentación perceptual, por las razones de Berkeley, es una presentación que contiene tan sólo un número finito de puntos (de *minima sensibilia*) y, así, por grande que fuera el número (finito) de presentaciones (finitas) *posibles* de un “objeto”, el número de puntos que lo conformaran sería finito; (b) por otra parte, y justamente debido a lo anterior, no tenemos que aceptar el supuesto de que las *posibles* presentaciones de un objeto *tienen* que ser infinitas en número (cf. la observación de Russell en n. 29); pode-

<sup>31</sup> Cf. [3], cap. IX, esp. pp. 159-162, para una brillante y lúcida discusión y fundamentación de esta tesis.

mos considerar que si un objeto  $\alpha$  sólo puede proporcionarnos un número finito de puntos perceptibles y si el universo de objetos perceptibles berkeleyano es finito, por grande que sea, entonces se puede establecer una cota superior  $r$  de posibles presentaciones, tal que cualquier presentación  $r + k$  sea una repetición de alguna de las  $r$  primeras. Conforme a esta manera de ver las cosas, Berkeley podría mantener, de acuerdo a sus tesis, que un objeto de percepción es, en principio, totalmente perceptible, aun cuando prácticamente esto podría ser difícil de alcanzar. De la inimaginable extensión del espacio y la inimaginable cantidad de situaciones y contextos en los que un objeto pueda encontrarse, *no* podemos concluir que, entonces, el espacio *es* infinito y que un objeto puede encontrarse en una infinita cantidad de situaciones diversas.<sup>32</sup> Quizás sea verdadero decir que siempre podemos imaginar nuevas situaciones posibles (y plausibles, quizás) en las que podría encontrarse un objeto determinado, y tales que aún no se han presentado de hecho. Pero esto, una vez más, *no* implica que el número de situaciones posibles sea infinito. Decir que *siempre* podemos imaginar tales cosas es afirmar, simplemente, que el número de situaciones posibles es enormemente grande y *no* es afirmar que haya, de hecho, un infinito actual de situaciones. Berkeley, sin embargo, no escoge este camino y, según hemos señalado, se crea problemas de muy difícil solución.<sup>33</sup>

#### BIBLIOGRAFÍA

- [1] Asimov, I.: *The Neutrino*. A Discus Book, publicado por Avon Books, Nueva York, 1966.
- [2] Moulines, C.U.: "Sobre el problema del 'atomismo geométrico' en Epicuro", en *Diánoia*, XXIII (1977), pp. 1-12.
- [3] Pitcher, G.: *Berkeley*. Routledge & Kegan Paul, Londres, 1977.
- [4] Russell, B.: *Logic and Knowledge*; editado por R. C. Marsh. George Allen and Unwin Ltd., Londres, 1956.

<sup>32</sup> Cf., n. 4 en la Parte I de este escrito [*Diánoia* 1980].

<sup>33</sup> Una primera redacción de este capítulo fue leída ante estudiantes de filosofía de la Universidad del Zulia, en Maracaibo, y en el Seminario de Investigadores del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la U.N.A.M. En ambos casos, la presentación me permitió aclarar algunas ideas acerca de mi apreciación de las doctrinas berkeleyanas que discuto, lo que agradezco a las personas que participaron en las sesiones mencionadas. En particular, quiero agradecer la lectura cuidadosa y los comentarios que en Maracaibo me hiciera A. García Díaz, a quien debo más que lo que hacen suponer el par de alusiones que a él hago en estas notas; y quiero agradecer, también, las intervenciones que tuvieron, en el Seminario al que he aludido, Elia Nathan, quien tuvo a su cargo la réplica a mi presentación del texto, y C.U. Moulines, que dirigió mi atención a Epicuro y a la estrecha relación que sus tesis atomistas guardan con las Berkeley que aquí discuto. Supongo que el presente texto contendrá aún muchas cosas que no sean del gusto de todos los que lo conocieron en una etapa anterior; no lo lamento, ya que será por la vía de la discusión y del argumento racionales como podremos, quizás, llegar a alcanzar algunas verdades, a pesar nuestro.